

Llanquitrú y la “máquina de guerra” mapuche-tehuelche: continuidades y rupturas en la geopolítica indígena patagónica (1850-1880)

Llanquitrú and the Mapuche-Tehuelche “war machine”: continuities and discontinuities in the Patagonian indigenous geopolitics (1850-1880)

*Julio Esteban Vezub**

RESUMEN

A los fines de dilucidar la metamorfosis de las jefaturas mapuche-tehuelches del norte de la Patagonia entre 1850 y 1880, este trabajo compara los corpus de correspondencia en español que los primos Llanquitrú y Saygüequé escribieron con la ayuda de secretarios al inicio y al final del período, durante coyunturas críticas de sus respectivos cacicatos. El autor indaga cuáles fueron los cambios cualitativos entre ambas estructuras políticas, proponiendo una reconsideración del tropo de la “máquina de guerra”, un concepto diseñado por Deleuze y Guattari para pensar la ambivalencia de las estrategias nómadas en relación al poder. El artículo recupera dicha metonimia para analizar la dinámica de negociación y conflicto entre estas jefaturas con el emergente Estado argentino. Se interpretan además las representaciones mapuche-tehuelches de las estructuras de poder y parentesco, el territorio y la geopolítica, mediante los textos que producían los indígenas.

PALABRAS CLAVES: Estado-nación. Jefaturas. Fronteras. Patagonia. Siglo XIX.

ABSTRACT

In order to elucidate the metamorphosis of the Mapuche-Tehuelche chiefdoms in Northern Patagonia between 1850 and 1880, this paper compares the corpuses of correspondence which were written in Spanish by cousins Llanquitrú and Saygüequé with their secretaries' assistance, during critical times in their respective chiefdoms. The author explores the qualitative changes between each political structure, proposing a review of the trope of the “war machine”, a concept developed by Deleuze and Guattari, useful to reflect on nomadic strategies and their ambivalence in relation to power. The article recalls this metonymy to analyze the dynamics of negotiation and conflict between these chiefdoms and the emerging state of Argentina. It also recognizes the Mapuche-Tehuelche representations of the structures of power and kinship, territory and geopolitics, by focusing on texts produced by indigenous people.

KEYWORDS: Nation-state. Chiefdoms. Borderlands. Patagonia. 19th century.

* Doctor en Historia, Centro Nacional Patagónico, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

Las Jefaturas de los Primos Llanquitrutz y Saygüequé

[...] el finado de mi padre era hombre guerrero (Llanquitrutz, 31 de mayo de 1856).

[...] mi finado padre Chocorí me dejó dado conocer que en la paz y tranquilidad se aumentaban los habitantes (Saygüequé, 7 de julio de 1879).

Los cambios entre 1856 y 1879 son el punto de partida para explicar las caracterizaciones disímiles que los primos José María Bulnes Llanquitrutz y Valentín Saygüequé eligieron para recordar a sus progenitores, de cara a las autoridades bonaerenses y argentinas. Si Llanquitrutz destacaba que su padre había sido un “hombre guerrero”, Saygüequé enfatizaba los consejos del suyo sobre la importancia de la “paz y tranquilidad”. En tanto los hermanos Cheuqueta y Chocorí habían conformado un tándem sin fisuras durante la primera mitad del siglo XIX, cabe preguntarse por qué sus hijos subrayarían lineamientos políticos opuestos, o bien, qué relación guardaba la invención de cada tradición paternal con el apogeo de cada cacicato con dos décadas de diferencia. Si el orgullo bélico fue una bandera para forzar las paces con el Estado bonaerense en 1856, el discurso de 1879 buscaría defender los acuerdos alcanzados por estos linajes, cuando el Estado nacional hizo todo para romperlos.

La primera de las dos jefaturas fue breve. Después del asesinato de Llanquitrutz en una pulpería de Bahía Blanca en 1858, hasta el cénit de la “Gobernación Indígena de las Manzanas” de Saygüequé durante la década de 1870, se sucedieron acontecimientos que reordenaron las estructuras sociopolíticas y facilitaron la injerencia del Estado en la Patagonia. Sucesivamente, los reemplazantes de Llanquitrutz para controlar el curso inferior del río Negro fueron su hermano menor Benito Chingoleo Cheuqueta y Miguel Linares, un sobrino de Saygüequé.¹ Estos “mediadores salvajes”, conforme a la expresión acuñada por Richard (2010) para las biografías equivalentes del Chaco, fueron avalados por las autoridades argentinas con el objetivo de disciplinar las familias indígenas según un orden jerárquico que se extendía “Tierra Adentro”. En ese contexto, las novedades radicales del cacicazgo de Saygüequé fueron el lugar instituido sobre el que construyó su poder, el fortalecimiento del pacto duradero con el Estado-nación en ciernes, la militarización de las relaciones de parentesco y la construcción de nuevas identificaciones indígenas. El proceso fue

¹ Nótese que todos ellos portaban nombres cristianos, lo que evidencia el esfuerzo estatal por incorporarlos pero también la voluntad mapuche-tehuelche de registrar históricamente las alianzas con los hispano-criollos a través del intercambio onomástico, acto mágico y político que convertiría al bautizado en la otra persona o le aportaría sus atributos, además de actualizar el devenir de las alianzas (MENARD, 2010, p. 69-70).

acompañado por un nivel desconocido de acumulación de riqueza y extensión de las redes que conectaban los nodos mapuches con los cristianos de Argentina y Chile. “Gobernación Indígena de las Manzanas” fue el nombre del proyecto y la jefatura de Saygüequé, una estructura que sería reconocida formalmente aunque de manera efímera por Julio Argentino Roca, completamente tensionada entre la subordinación al Estado y la tendencia a la soberanía mapuche-tehuelche.²

Durante las décadas de 1850 y 1860 los hermanos Llanquitrutz y Chingoleo Cheuqueta sentaron las premisas para la emergencia del primo Saygüequé mediante el tejido preliminar de las redes, la retórica de linaje, el poder de policía sobre el río Negro, la verticalidad creciente del parentesco, la iniciación en la diplomacia criolla, la burocracia y la escritura alfabética en español, además de proteger el núcleo territorial y la autonomía del País de Las Manzanas del sur del Neuquén. Someramente, éstas fueron las conclusiones de mis estudios anteriores sobre la acumulación de poder que capitalizaría Saygüequé (VEZUB, 2009; entre otros). Este artículo tratará de profundizar el antecedente de Llanquitrutz para esta construcción política, cuál fue su intervención histórica, en qué medida propició un nuevo tipo de relación entre los mapuches y el Estado en el norte de la Patagonia.

El eje para rastrear las continuidades y rupturas será la lectura de la correspondencia que estos primos escribían con la ayuda de amanuenses letrados. Además de iniciarse en sus toldos en el tránsito entre una y otra jefatura, la escritura fue a la vez un indicador y un factor de los cambios. Así lo sugiere que un mismo escribano haya colaborado con ellos en períodos distintos, el valdiviano José del Carmen Marques Bravo.³ Después alcanzó notoriedad José Antonio Loncochino, el secretario principal de la “Gobernación Indígena de las Manzanas”, por lo menos desde 1874. Este mapuche alfabetizado en una misión de Valdivia fue quien introdujo la retórica católica y republicana, junto con la regularización del estilo y las prácticas burocráticas en las tolderías. Este trabajo se concentrará en la comparación de las epístolas de cada dupla de cacique y secretario, a los fines de determinar las transformaciones políticas y la singularidad de cada jefatura.

Aunque los textos que se conservan de Llanquitrutz son escasos en comparación con los de Saygüequé,⁴ son suficientes para visualizar que aquél

² Carta de Conrado Villegas al “Gobernador de las Manzanas Cacique Don Valentin Saygüequé”, 19 de agosto de 1879, Archivo General de la Nación (en adelante AGN) VII, legajo 723, f. 10.

³ AGN VII, legajo 723, fs. 296 y 300.

⁴ Al momento se han registrado diez piezas de correspondencia enviadas por Llanquitrutz en 1856 y 1857, ocho de ellas en el legajo X, 19. 4. 5 del AGN y otras dos que fueron transcritas por Cox (1863, p. 177-178). Todas están editadas en una compilación reciente de cartas mapuches (PAVEZ OJEDA, 2008). Como parte de corpus siempre expansibles, en el caso de Saygüequé se conocen

intervenía más directamente que éste en el proceso de escritura. Llanquitrú estampaba cruces en prueba de fe mediante un trazo diferenciado de la caligrafía del escribano, firmó de puño y letra el tratado suscripto con el Estado de Buenos Aires en 1857 y, más sorprendente aún, hizo escribir una carta con su propia sangre a falta de tinta, hecho que llamó la atención del comandante de Carmen de Patagones Benito Villar, a quien estaba dirigida la misiva.⁵ En varios aspectos, las palabras y las marcas de Llanquitrú se imprimieron tan significativamente como la letra del secretario Marques Bravo. La relación corporal de Llanquitrú con la escritura, en la que se percibe la importancia ritual de los sangrados para inscribir las alianzas, será mediatizada en el caso de Saygüequé, aunque éste también enunciaba sus cartas en primera persona y se jactaba de ejercer el control de los “estilos” orales o escritos de la comunicación, ya fuera en “el idioma castilla de los cristianos” o cuando dirigía “comisión en el estilo de su lengua”.⁶

Finalmente, mediante la comparación de las nóminas de caciques que Llanquitrú y Saygüequé dijeron conducir respectivamente en 1856 y 1880, propondré una reconsideración de la “máquina de guerra”, el tropo formulado por Deleuze y Guattari (1988) a partir de la obra de Pierre Clastres, para designar las estrategias “nómadas” ante la cristalización de poder.⁷ Retomaré la figura de la “máquina de guerra” para pensar estas jefaturas históricamente concretas, que se hallaban en el linde espacial y temporal del Estado-nación aunque no marcharan necesariamente hacia él. La categoría “nomadismo” ha sido postergada por la antropología política para explicar la movilidad de los cazadores-recolectores, pastores y comerciantes mapuche-tehuelches del siglo XIX, quienes seguían itinerarios preestablecidos que conectaban parajes estacionales con emplazamientos permanentes de tolderías, estancias y enclaves hispano-criollos en virtud del aprovechamiento de los recursos y las alianzas políticas (BOSCHÍN; DEL CASTILLO BERNAL, 2005).

Pero el “nomadismo” de aquellos filósofos merece ser retomado porque evita las connotaciones estructuralistas o evolucionistas con que tradicionalmente se han pensado las sociedades de jefatura, como un tránsito hacia el Estado (LEVI-STRAUSS, 1967; CARNEIRO, 1981; EARLE, 1991), habilitando en cambio la identificación de

hasta ahora treinta y seis documentos emitidos por su secretaría, la mayoría de ellos en legajos del AGN (sala VII, 155, 723, Museo Histórico Nacional 50). Varios de estos documentos fueron glosados o transcritos, parcial o completamente, en distintas publicaciones (HUX, 1991; LEVAGGI, 2000; DURÁN, 2006; PAVEZ OJEDA, 2008).

⁵ AGN X, 19. 4. 5 y X, 27. 7. 6

⁶ AGN VII, legajo 723, fs. 419-424

⁷ Gilles Deleuze y Félix Guattari (1988) desplegaron el tropo en el capítulo “1227 Tratado de nomadología: la máquina de guerra”, incluido en el libro *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Pierre Clastres (1981, p. 213-215) analizó la “guerra primitiva” como la institución que garantiza la división interna de la comunidad, mientras promueve las fuerzas centrifugas que dificultan la unificación bajo el signo del Estado.

sujetos activos y prácticas sociales complejas. El usufructo teórico y empírico de la “máquina de guerra” será provisional, metafórico e inestable, tal como Deleuze y Guattari lo trasladaron al análisis de los fenómenos del poder en otros terrenos como la sexualidad, las relaciones de pareja o la ciencia, conforme a un modelo de devenir y heterogeneidad que plantearía más problemas científicos que los que sería capaz de resolver, una práctica morfológica atenta a la topología social, que en lugar de “representar” “engendra y recorre” (DELEUZE; GUATTARI, 1988, p. 368-378).

Tomando la parte por el todo, la tecnología bélica por la estructura social, Deleuze y Guattari describieron las “máquinas de guerra” como artefactos que se encuentran en relación de exterioridad completa respecto del Estado, lo que ofrece una alternativa a la concepción de las jefaturas como fase evolutiva que anticipa la sociedad estatal. La expresión “Tierra Adentro”, siempre recurrente en las fuentes del siglo XIX rioplatense, es sintomática de la interioridad que la sociedad criolla establecía con el mundo indígena, donde el Estado parecía ser la única estructura exterior a las fronteras sociales. Según Deleuze y Guattari la *chefferie* o “jefatura” contaría con mecanismos colectivos difusos para impedir o conjurar el poder, mientras que las armas del jefe serían el prestigio y la persuasión. A la búsqueda de una alternativa política para a la “historia negra” foucaultiana, éstos consideraron que el surgimiento del Estado no tiene explicación histórica, es el rasgo principal de una “sociedad monstruosa” colocada en antagonismo con las sociedades renuentes al poder.

La tesis de Clastres sobre la antinomia entre la comunidad y el poder también es retomada por Sahlins, quien sostuvo que el poder no se representa como una condición social intrínseca sino como una usurpación, en tanto “[...] se revela y se define a sí mismo como la ruptura del orden moral propio del pueblo, precisamente como el delito más grave contra el parentesco: fratricidio, parricidio, la unión de madre e hijo, padre e hija o hermano y hermana” (SAHLINS, 1988, p. 85). Fue en esta dirección que usufructuamos la categoría de los “jefes-parientes” para describir la morfología sociopolítica del norte de la Patagonia durante la segunda mitad del siglo XIX. Campagno (2002), quien la trabajó para pensar la emergencia del “Estado prístino” en el Antiguo Egipto, sostiene que no es posible determinar a partir de las estructuras de parentesco por qué algunos mandan y otros obedecen, ni cómo se instituye un sistema jerárquico de dominación.

Como categoría la “maquina de guerra” del “Tratado de nomadología” de Deleuze y Guattari es provisional y limitada. Como tropo, emplea las palabras en sentidos distintos de los que propiamente les corresponden. Hay que recordar que Clastres desarrolló su etnografía sobre las “sociedades guerreras del Chaco” pocas

décadas después que Bolivia y Paraguay se enfrentaran en 1932-35 por la región, sin siquiera aludir a la conflagración. Como advierten Capdevila, Combès y Richard (2008, p. 38), “[...] hay algo paroxístico en esto, sobre ese mismo paisaje devastado por una guerra entre Estados y por el Estado, el filósofo francés teorizará la función contra-estatal de las guerras indias”. Pero las distorsiones del tropo no le restan potencia para discutir el evolucionismo adaptativo con que se han entendido las jefaturas.

Con estas orientaciones y advertencias como punto de partida, seguiré la metamorfosis de los cacicatos patagónicos focalizando los prolegómenos críticos del acuerdo urdido por Llanquitrú con el Estado de Buenos Aires en 1856 y 1857, el tratado que sentó las bases de la paz y el equilibrio hegemónico entre ambas estructuras políticas hasta 1879.

Los trabajos sobre los cacicazgos de la segunda mitad del siglo XIX en Pampa y Patagonia han enfatizado las disputas por el control del territorio, los recursos, las vías de circulación y las redes sociopolíticas indígenas (TAMAGNINI; PÉREZ ZAVALA, 2002; VILLAR; JIMÉNEZ, 2003; MANDRINI; ORTELLI, 2006; DE JONG; RATTO, 2008; entre otros). Bechis (2008, p. 38-39) introdujo el concepto de “geopolítica”, extendiendo su uso corriente más allá de las sociedades estatales, aunque sin superar cierta visión expansionista o estática de la lógica territorial.⁸ Bello Maldonado (2001) plantea en cambio que la apropiación del territorio entre los mapuches del siglo XIX reconocía una dimensión material y otra de índole simbólico-cultural, que permitieron una integración tanto tangible como virtual de territorios discontinuos por parte de agrupamientos a ambos lados de los Andes. Más recientemente, la antropología chilena analizó la concepción mapuche del territorio como archivo, o espacio de inscripción y actualización de las alianzas, a través de la toponimia y la onomástica (PAVEZ OJEDA, 2006, 2008; MENARD, 2010). Resta entonces profundizar al nivel del microanálisis el modo en que las “máquinas de guerra” mapuche-tehuelche practicaban la geopolítica en relación al Estado emergente, los cristianos y otros agrupamientos indígenas, cómo organizaban y comprendían la territorialidad y los espacios regionales en coyunturas concretas o bien, cuáles eran las relaciones de las poblaciones de “Tierra Adentro” con los “indios de la aldea” que constituían la fuerza de trabajo primordial de los enclaves cristianos como Carmen de Patagones, desde su instalación en 1779.

⁸ “Esta clase de planeamiento y expansión territorial es lo que llamo geopolítica. [...] Desde que estamos tratando con sociedades sin estado, el concepto requiere algunas modificaciones. Yo propongo definir *geopolítica* como *la ocupación intencional de hecho de un espacio con el propósito de apoyar los intereses del grupo madre que permanece en el territorio*” (BECHIS, 2008, p. 38).

El “Matador Guapo” y la Marca *Pampa del Linaje*

Ambos primos rondaban los treinta años cuando lanzaron un malón táctico sobre Carmen de Patagones para forzar el arreglo con las autoridades en 1856. Al año siguiente lograrían su objetivo con la firma del tratado, que también era buscado por el Estado de Buenos Aires, por entonces enfrentado con la Confederación Argentina de Paraná⁹. La seguidilla de pactos se inició con otros referentes pampeanos como Catriel y Cachul, señalando los primeros pasos de la estrategia porteña que modificaría el equilibrio de las fronteras hasta fines de la década de 1870. El intercambio epistolar con el comandante Benito Villar y, entre éste y las autoridades bonaerenses, realiza la iniciativa de Llanquitrú y la dimensión local del acuerdo, que fue concebido como un problema de territorialidad y suministro de ganado desde la perspectiva de los mapuche-tehuelches. Para éstos se trató en lo fundamental de la solución al conflicto por el control del río Negro entre jefaturas equivalentes, identificadas casi en términos personales, vale decir la “cabeza principal de todas las indiadas” Llanquitrú, y el “Comandante de Patagones” Villar.

Se conoce la edad aproximada de Llanquitrú por distintas fuentes y, según los relatos sobre su infancia escuchados por Guillermo Cox, habría sido cautivado por los “Picun-pehuenches” y entregado en servidumbre en Chillán, de donde se habría fugado a la muerte de su padre para colocarse bajo la influencia de Calfucurá, con quien habría entrado en competencia por mérito y personalidad, hasta conducir fuerzas parejas y acaudillar a los “Tehuelches” del sur del Limay, a quienes habría derrotado previamente con la ayuda de “[...] los mocetones que mandaba, i que le eran adictos”.

⁹ En 1852 Juan Manuel de Rosas, gobernador de la provincia de Buenos Aires, fue derrotado en la batalla de Caseros por el Ejército Grande Aliado de Sud-América, encabezado por el gobernador de Entre Ríos Justo José de Urquiza, también de extracción federal como Rosas. El Ejército Grande estaba integrado por entrerrianos y correntinos, además del Imperio del Brasil y Uruguay. Se inicia un proceso de tres décadas, caracterizado por la formación del Estado nacional. Los primeros diez años estuvieron signados por la competencia entre la Confederación Argentina con sede en la capital entrerriana –cuyo primer presidente fue Urquiza– y el Estado de Buenos Aires, que se mantuvo autónomo de las trece provincias restantes hasta triunfar sobre la Confederación en la batalla de Pavón. Esta coexistencia fue capitalizada por las jefaturas mapuche-tehuelches, que recuperaron territorialidad hacia el norte y el este, aliándose con uno u otro Estado. A partir de la reunificación en 1862, se sucedieron hasta 1880 las “presidencias fundadoras” de Bartolomé Mitre, Domingo Sarmiento y Nicolás Avellaneda. La hegemonía bonaerense de la presidencia de Mitre fue alterándose a favor de una alianza entre facciones del Interior y del propio Buenos Aires, hasta que maduró el Estado nacional imponiendo soberanía sobre las autonomías provinciales, incluida la de Buenos Aires, con el triunfo de Julio Argentino Roca para la presidencia de la nación. La guerra del Paraguay, el aplastamiento de los caudillos del Interior y las revoluciones porteñas, junto con la expansión sobre los territorios indígenas, jalonaron el proceso de constitución de una unidad política, durante el cual se articularon intereses entre las élites provinciales y se desarrolló un mercado nacional integrado a los internacionales, con base en la exportación de productos pecuarios. Una compilación reciente muestra cómo el proceso de formación del sistema político nacional, que la historiografía clásica describió de manera unidireccional, se desarrolló también desde las periferias al centro (BRAGONI; MÍGUEZ, 2010).

Cox (1863, p. 176) recaba que Cheuqueta “[...] era cacique en Puelmapu (Tierra del Este)”. Del cautiverio de su hijo Llanquitrú en territorio chileno provendrá el apellido cristiano, tomado del presidente Manuel Bulnes.

Las cartas escritas durante el malón de otoño de 1856 subrayan que Llanquitrú ejercía y reclamaba una territorialidad ancestral sobre el curso inferior del río Negro o bien, que estaba dispuesto a cederla pero no del todo ni en todos sus aspectos. El comandante Villar presentó a Llanquitrú como “cacique hijo de Patagones”, además de comentarle al ministro de Guerra y Marina Bartolomé Mitre que durante las tratativas de paz de la década anterior el comandante García y el padre de Llanquitrú habían intercambiado como rehenes a sus propios hijos. Llanquitrú mismo se justificaba por no moverse de Bajada Balcheta, cincuenta y cinco leguas al oeste, “[...] porque tengo a mi Madre muy serca de adonde estos que van de malón vive mi familia”. Pocos días después le escribió a Villar desde “Paso Chocorí”, topónimo coincidente con el nombre del tío recientemente fallecido.¹⁰ Pero más significativo aún para determinar la familiaridad social y territorial, resulta que los vecinos notables de Carmen de Patagones, comerciantes y hacendados, se dirigiesen colectiva y obsequiosamente a “nuestro querido Yanquetruz” para historiar el vínculo y el compromiso del linaje con el enclave:

Conocemos tu corazon, y es imposible que no sea tan noble y generoso como el de los Caciques tus avuelos. El Cacique Negro, dueño antiguo de estos campos, se los vendió al Gobierno y vivió con nuestros padres como hermano y amigo hasta su muerte. Su hijo, el Cacique Chamyl, siguió sus consejos y su exemplo, y ha dejado la memoria de su amistad en nuestros corazones. ¿Y desciendo, vos, de esa Sangre de Indios nobles y amigos generosos, podria ser mas tiempo nuestro enemigo? (5 de junio 1856, AGN X, 19. 4. 5).

Que Llanquitrú y Saygüequé descendían directamente del cacique Negro fue un dato muy buscado por los etnólogos de mediados del siglo XX, que este epistolario viene ahora a ratificar. Ya Claraz, un agrimensor y naturalista suizo que se internó desde el río Negro hasta el Chubut en compañía de una partida de indígenas en 1865, comentó las gestiones de paz entre el gobierno de Buenos Aires y Llanquitrú, “un hijo o nieto del cacique Negro”. Claraz agrega que el meollo de las gestiones eran los reclamos de tierras que realizaba Llanquitrú, aunque “[...] el Gobierno usaba términos

¹⁰ Todas estas cartas fueron despachadas en junio de 1856: la de Villar a Mitre el día 4 desde Carmen de Patagones, las de Llanquitrú desde Bajada Balcheta el 16 y desde Paso Chocorí el 7 (AGN X, 19. 4. 5).

ambiguos que se podían interpretar muy de otra manera” (CLARAZ, 1988, p. 171).¹¹ Los etnólogos insistieron en la prosapia de Llanquitrú, atentos como estaban a la condición prestigiosa de estos linajes que clasificaron como “pampas”, “gününa küne” o “tehuelches septentrionales”, con territorialidad entre los ríos Negro y Chubut (HARRINGTON, 1946; ESCALADA, 1949; VIGNATI, 1972; CASAMIQUELA, 2004).¹² Pero importa destacar la continuidad histórica y territorial entre un cacique que había vendido los campos de Carmen de Patagones al rey de España y su bisnieto, que retomaba las tratativas setenta años después, al que los notables argentinos legitimaban con argumentos nobiliarios, independientemente del oportunismo y la ambigüedad de los compromisos que señalaba Claraz.

También es posible encontrar nombres étnicos o identificaciones en este corpus de correspondencia de 1856, tales como “Tehuelches”, “Pampas” y “Chilenos”, utilizados para distinguir respectivamente la procedencia sureña, del interior patagónico septentrional y la cordillera de los distintos grupos de parientes y allegados que participaban del malón. Se trataba de trescientos hombres de pelea al mando de Llanquitrú, Coliguala, Paillacan y Huincahual, quienes arrebataron mil setecientos vacunos y yeguarizos de las estancias de la margen sur del río Negro, con objetivos en parte contradictorios: cumplir con los movilizados y forzar a las autoridades bonaerenses a negociar el tratado. En la pluma de las autoridades criollas, estas clasificaciones eran contradictorias, superpuestas e inestables, pero intentaban asociar identidades regionales con determinados *ethos* políticos. El comandante Villar aludía al protagonismo de la “Indiada del cacique de los Tehuelches Huincahual” en los saqueos,¹³ quien después sería idealizado por la literatura etnológica como el indio argentino amigo por antonomasia. En cambio, abonando esta clasificación ulterior, la misiva conciliadora de los notables atribuía la apropiación del ganado a los “chilenos”, manifestando la disposición de resignarlo para favorecer la paz con Llanquitrú “[...] y con los Tehuelches nuestros vecinos y paisanos, y con los Pampas que también habitan esos campos”.¹⁴

¹¹ El naturalista francés Alcide D’Orbigny ya había apuntado durante su permanencia en Carmen de Patagones durante 1829 que “[...] los españoles compraron al cacique Negro las orillas del río Negro cuando en 1779 quisieron fundar Carmen, como lo he comprobado en los mismos archivos del fuerte” (D’ORBIGNY, 1999, p. 503), iniciando una temprana práctica historiográfica en la materia.

¹² Entre otras biografías e historias regionales que informan sobre Carmen de Patagones, Llanquitrú y los malones que protagonizó, puede consultarse a Sánchez Ceschi (1938), Paesa (1971) y muy especialmente Hux (1991), quien localiza y glosa fragmentos del corpus de correspondencia del cacique que se resguarda en el AGN, junto con la documentación anexa de los conflictos de 1856 y el tratado con el Estado de Buenos Aires de 1857.

¹³ Carmen de Patagones, 4 de junio 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

¹⁴ Los vecinos de Patagones a Llanquitrú, 5 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

Ser bisnieto y nieto de los grandes referentes de la cuenca del río Negro era condición necesaria, pero no razón suficiente, para encabezar las estructuras sociopolíticas de la década de 1850. Llanquitrú se había ganado ese lugar en 1855, durante un malón previo sobre San Antonio de Iraola, más al norte, en el actual partido bonaerense de Benito Juárez. Conforme a la narración escuchada por el etnógrafo chileno Tomás Guevara a principios del siglo XX, Llanquitrú habría sido “un mapuche matador o huapo” a quien no lo alcanzaban las balas gracias al pacto en la salamanca, en lo que parece una primera activación mágica de Llanquitrú como “máquina”. Después que los guardias nacionales le dispararan cientos de tiros, los dueños de los almacenes de San Antonio concluyeron que con este “cuchillero era inútil oponerse”. De regreso, Llanquitrú reclamó a sus caciques y capitanes que le entregaran parte de los arreos. Nadie se habría quejado y, según el relato

[...] desde entonces cuando este valiente iba a malocar, se le juntaban muchos caciques, mucha gente. Era como cacique, y fue más nombrado que todos los caciques que había en ese tiempo. Su muerte fue muchos años después, murió de repente, por *huecufutun*, que ya habría cumplido su plazo. Todo cuchillero tiene su tiempo limitado. Este entró en Cura Malal a hacerse *langemtufe* (matador, valiente) (GUEVARA, 1911, p. 111-112).

Además de la fascinación que debió ejercer sobre sus compañeros y rivales para dejar tamaño recuerdo, la memoria muestra la irrupción de un jefe nuevo. Llanquitrú era seguido por mucha gente por las ventajas que implicaba, pero también era caracterizado como “cuchillero” de tiempo limitado dependiente de un hechizo, alguien que “era como cacique”, muy guapo pero demasiado expuesto, sin alusión al prestigio familiar, aunque el testimonio lo relacionase con Calfucurá, con quien vivía en “Arjentinu mapu” en el “lugarcito llamado Huilliche”. San Antonio dejaría marcas traumáticas y perdurables en ambos polos de la contienda. El comandante Villar transmitió a Mitre que las primeras palabras de Llanquitrú al parlamentar con él en el malón del año siguiente fueron para jactarse de “[...] sus hazañas sobre nuestros infelices Otamendi y Capitán Ramos, haciendo alarde de las espuelas del 1° que traía en sus pies, y de las pistolas del Capitán Ramos que también traía en su cintura”.¹⁵ Ambos conducían el cantón donde sobrevivieron solamente dos soldados de un total de ciento veintiocho.¹⁶

¹⁵ Informe de Benito Villar a Bartolomé Mitre, Carmen de Patagones, 4 de junio 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

¹⁶ Los detalles del arreglo entre Calfucurá y Llanquitrú para atacar San Antonio fueron dados por una cautiva fugitiva, quien informó que Llanquitrú le había dicho que “[...] todos los cautivos cristianos iba a entregarlos a Calfucurá, y que él pasaría hasta Valdivia a negociar las haciendas con

Concentrémonos ahora en la dinámica del malón-parlamento sobre Carmen de Patagones, un año posterior al de San Antonio de Iraola, siguiendo la letra de Villar y las cartas de Llanquitrú que aquél adjuntó al informe que elevó al ministro Mitre. Como ya se dijo, Villar detalló que a las nueve de la mañana del 31 de mayo de 1856, “bajo una densísima niebla”, Llanquitrú y un conglomerado de trescientos parientes que identificaba como “Tehuelches”, “Pampas” y “Chilenos” se alzaron con mil setecientas cabezas de ganado. Dos horas después, cuando el comandante sólo había atinado a reunir unos cuarenta milicianos y veteranos de la Guardia Nacional,

[...] se presenta un parlamento de Yanquetruz proponiendome la Paz y entregandome la carta adjunta N° 1 escrita con sangre que se infirió este cacique por falta de tinta. Yo, a pesar de la repugnancia, á tal modo de negociar la Paz, entré en ella, dirigiendole una carta en que le manifestaba nuestros vivos deseos de ser amigos, pues que hacia dos meses le habia mandado una carta del Sr Gobernador en que le ofrecia la Paz y su proteccion lo mismo que a todos sus Indios.

“Repugnancia”, “ridicúlez”, “regalos de consideración en prueba de sinceridad” y “cartas de todos sus antiguos amigos” que evidenciaban el temor y la incertidumbre ante las señales ambivalentes de Llanquitrú y sus compañeros, de quienes se esperaba que en el caso de proceder con “la misma legalidad” devolviesen las haciendas arrebatadas, pues “[...] un hombre que viene a tratar de Paz no se presenta como enemigo, y no principia las negociaciones por un asalto vandálico”.¹⁷

El comportamiento ambiguo de Llanquitrú y el modo en que las autoridades abominaron su estética excéntrica, recuerdan los “mecanismos de materialización ideológica” propios de la imposición de liderazgos, verificados en ocasiones anteriores. Precisamente, era el caso de un homónimo suyo, asesinado en 1788 durante las guerras entre huilliches y pehuenches, libradas con la intervención de las autoridades coloniales chilenas. Este Llanquitrú del siglo XVIII, que había configurado con sus parciales el reducto ranquel de la Pampa central, también utilizaba vestimentas y objetos de origen europeo, obtenidos en ataques a caravanas y estancias, “[...] para materializar de manera condensada una ideología que exaltase su larga trayectoria de hazañas guerreras y persuadiese a sus aliados de la perduración futura de sus éxitos”

los comerciantes chilenos, sus amigos; que había sentido mucho dejar matar á Otamendi, porque era muy guapo; pero que no pudo contener á los indios que, resentidos del gran estrago que habían sufrido, pidieron su muerte. Según Llanquitrú, Calfucurá quería cautivos cristianos para canjearlos por los que le había tomado Balde Benitez. Carta de Ramón Vitón a Bartolomé Mitre, Azul, 21 de septiembre de 1855 (ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, 1912, p. 130-131).

¹⁷ “Desde el punto de vista del Estado, la originalidad del hombre de guerra, su excentricidad, aparece necesariamente bajo una forma negativa: estupidez, deformidad, locura, ilegitimidad, usurpación, pecado...” (DELEUZE; GUATTARI, 1988, p. 361).

(VILLAR; JIMÉNEZ, 2000, p. 688). El poder performativo de la ideología se apoyaba en la exhibición y distribución de botines “impregnados de simbolismo”, capaces de orientar las decisiones de los amigos y enemigos. Los dos Llanquitrú comparten, además del nombre y una probable genealogía, patrones comunes de instalación o reinstalación territorial y de construcción vertiginosa de liderazgos, para lo cual recurrieron a la exteriorización ante propios y ajenos.¹⁸ En su audacia, el Llanquitrú “cuchillero” del siglo XIX se homologa con el Llanquetruz “corsario” del siglo XVIII. Prendas robadas y vestidas de manera “ridícula” o bien, espuelas y pistolas de los comandantes de San Antonio de Iraola que identifican al jefe ascendente con los atributos de sus víctimas: “Llanquitrú había sentido mucho dejar matar a Otamendi, porque era muy guapo”, repitió la cautiva fugitiva. Como se dijo en la primera nota de este trabajo, los fetiches materiales u onomásticos instituyen actos mágicos y políticos que convierten al individuo en la otra persona, actualizando el devenir de los conflictos y alianzas.

Tras la satisfacción de los pedidos del 31 de mayo y el intercambio de rehenes que incluyó a Chingoleo, el hermano de Llanquitrú, éste se presentó al día siguiente

[...] vestido de un rico, pero ridículo uniforme con charreteras, sombrero de castor redondo y sable, guarnecido de plata, ostentando este indio, todo el arrogante orgullo de un bárbaro que viene mas bien a imponer sus leyes que a tratar de Paz.

La “desventajosa posición” en que Villar se hallaba según sus estimaciones, lo obligó a continuar obsequiando al cacique y la comitiva, “hasta un extremo que su carácter rechazaba”, debiendo “[...] festejar su presencia con dianas, cohetes y diez cañonazos que me pidió como señal, a su fuerza que permanecía formada a caballo”. El comandante subrayó que al ingresar al poblado, “[...] este cacique hijo de Patagones fue recibido con grandes demostraciones de alegría, reconociendo a sus amigos, abrazándolos, llorando y diciendo, a cada momento, cuánto se hallaba feliz de verse rodeado otra vez de amigos”. Sin atender a las lágrimas, el comandante reflexionó que

[...] incapaces de sentimientos y procedimientos nobles, y ignorantes del derecho de gentes, [...] aunque viniendo con intención de tratar de Paz, habían robado las haciendas en caso de no negociación, salvo á devolverlas en el caso contrario.

¹⁸ Dicen Villar y Jiménez a propósito del Llanquetruz del siglo XVIII: “El argumento de que la pericia y el valor que le habían reportado la victoria en el pasado le permitirían actuar con igual eficacia en el futuro se expresaba simbólicamente en su atuendo y en los objetos que exhibía, todo lo cual concurría a convencer a propios y ajenos de la conveniencia de acompañarlo en sus incursiones, como garantía de arribar a puerto seguro y obtener un botín suculento” (VILLAR; JIMÉNEZ, 2000, p. 699).

Villar adujo que no tenía otros motivos para sospechar de Llanquitrú “[...] que su modo bárbaro de entablar las negociaciones para conseguir la Paz”. Se horrorizó porque el comandante de la Guardia Nacional Pedro García, a quien Llanquitrú consideraba un hermano desde que habían sido intercambiados como rehenes por sus padres en tiempos de Juan Manuel de Rosas, corría el riesgo de ser degollado si los indios que lo retenían en la otra margen del río escuchaban siete cañonazos, en lugar de los diez solicitados. Viviendo horas desesperadas, Villar no lograba discernir si Llanquitrú actuaba concertadamente con Calfucurá, “[...] si es cómplice y traidor como él”, en un contexto en que también se habían iniciado las conversaciones de paz con Calfucurá. Las adjetivaciones variaban según a quien estuviesen dirigidas y según la táctica de Llanquitrú que cambiaba diariamente, condicionado por las dificultades para conformar a sus acompañantes y convencerlos de devolver el ganado.

Con independencia de los conflictos entre Calfucurá y Llanquitrú, los alineamientos estaban en pleno proceso de definición y las autoridades tenían elementos para dudar. Por declaración de Félix Guerrero, vecino de Bahía Blanca que había ido “[...] con negocio a los toldos de Calfucurá”, se sabe que éste había sido notificado del malón a Carmen de Patagones por el propio Llanquitrú, quien también se lo había informado al presidente de la Confederación Argentina Justo José de Urquiza. El mismo comerciante atestiguó que Calfucurá había mandado a comprar lanzas a los toldos de Catriel, quien no quiso vendérselas. Como se dijo, este último fue la primera contraparte del sistema de pactos que impulsó el Estado de Buenos Aires en 1856, y tenía influjo sobre las familias de Llanquitrú y Saygüequé.¹⁹

Las respuestas insatisfactorias decidieron a Villar a interrumpir las negociaciones, además de capturar al secretario valdiviano Bravo y a dieciocho indios, algunos “de gran importancia”, como el hijo del cacique Huincahual y un sobrino de Llanquitrú. Las tratativas recién se allanarían a continuación de esta medida y la posibilidad cierta de batallar, cuando Llanquitrú alertó al comandante de otra invasión inminente de la gente de Reuquecurá o Reuque, el hermano de Calfucurá, además de devolver tres cautivos, algunos lanares y vacunos que había recuperado de los caciques

¹⁹ Bahía Blanca, 4 de julio de 1856, informe del comandante del Fuerte Argentino al ministro Mitre (AGN X, 19. 4 . 5).

que lo acompañaban, quienes despreciaban esta clase de ganado por la dificultad para transportarla en comparación con los equinos.²⁰

El saqueo de los antagonistas, que a su vez eran “amigos”, era necesario para aglutinar la hueste conforme al modo nómada de fortalecerse internamente para negociar con la autoridad. La “máquina de guerra” de Llanquitrutz tenía ideas flexibles de la “política” y el “enemigo”, que se pueden comprender a la luz de la síntesis de Carl Schmitt, quien sostuvo que la distinción política específica se basa en la oposición del par “amigo-enemigo”, donde el enemigo político es simplemente el otro, aquel que no necesita ser estigmatizado ni un competidor económico, ya que se puede pactar o hacer negocios con él, además de invertir los términos de la relación cuando se lo considere necesario (SCHMITT, 1991).

A diferencia de García, que había arreglado con Cheuqueta cuando Rosas era gobernador e intercambió sus hijos en padrinzago y garantía, Villar no asimilaba la paradoja del malón-parlamento para aceptar la paz que ofrecía el gobernador Pastor Obligado. La iniciativa del gobernador le permitió a Llanquitrutz y su gente retomar el vínculo interrumpido desde 1852, volviendo a Carmen de Patagones desde las protección de Balcheta, Maquinchao y Las Manzanas, territorios estratégicos e inalcanzables para las autoridades, desde los cuales estas familias desplegaban la movilidad estacional. Llanquitrutz era un hombre de Carmen de Patagones, no se trataba de un advenedizo en lo relativo al territorio y los prestigios indígenas. Otros compañeros como Huinchual también eran destacados y ya se ha referido la impronta familiar sobre el curso inferior del río Negro. La aglutinación política de los “Tehuelches”, “Pampas” y “Chilenos” habilitaría la identificación global de lo “mapuche”, que se inscribiría plenamente en las décadas siguientes con Saygüequé y su “Gobernación Indígena de las Manzanas”.

Sin fatalismo, era altamente probable que en las condiciones políticas de los años cincuenta el “matador valiente a quien no lo alcanzaban las balas” terminara a los tiros, más aún si se recuerda con el testimonio recogido por Guevara que “todo cuchillero tiene su tiempo limitado”, y al igual que las “máquinas” es efímero o se apaga. Ahora bien, ¿quiénes lo ovacionaron al ingresar al pueblo de Carmen de Patagones en 1856? Villar notificó al comandante de Bahía Blanca que acompañó a

²⁰ Claraz recabó una explicación de la devolución selectiva de ganado directamente de los protagonistas, una década después. Cuenta el explorador suizo que una vez interrumpidas las raciones por la caída de Rosas, los “indios amigos” que permanecían estacionalmente en Carmen de Patagones huyeron empujados, entre otros motivos por la viruela: “Volvieron más tarde como malón. Muchos se juntaron con Yanquetruz. Se convino la paz. Pero Yanquetruz se enemistó con Murga y se propuso despoblar Patagones. Invitó a los tehuelches y a los pampas. Pero éstos sólo robaron caballos y yeguas y rehusaron arrear vacas y ovejas. Odian esa tarea” (CLARAZ, 1988, p. 103).

Llanquitrú por varias casas “[...] para ver si recordando este indio sus antiguos amigos en este pueblo se prestaba decidido a la Paz que me prometía con abrazos y mil promesas”.²¹ En otra comunicación previa había recordado que el “gefe de las tolderías tehuelches”,

[...] criado y bautizado en este pueblo donde tiene muy íntimos amigos [...] personas a quienes este Cacique quiere tanto que, en la última invasión, les previno salvar sus familias y personas, lo que repite efectivamente, pues tuvo en sus manos el llevarse porción de Cautivas y hacer grandes daños.²²

La mención de estas afinidades de antaño no clarifica quiénes lo habrán ovacionado. Pero, además de aludir a las redes de negocios con comerciantes y hacendados y a la experiencia de rehén juvenil de la década anterior, el clamor favorable muestra que Llanquitrú no representaba una amenaza para todos los pobladores. Pese a los setenta años del enclave hispanocriollo, la base social de Carmen de Patagones continuaba siendo “pampa”, “tehuelche”, “chilena” (y mapuche) y por lo tanto más amplia, al punto que los ranchos del entorno se confundían con los toldos donde habitaban los parientes de los recién regresados con el malón-parlamento de 1856.

Así lo describe la carta colectiva de los notables locales que ya se citó, quienes deseaban la paz con Llanquitrú “[...] y con los Tehuelches nuestros vecinos y paisanos, y con los Pampas que también habitan esos campos”. Antes que fuese vendido “en otra parte”, se manifestaban dispuestos a comprar el ganado que les habían quitado, proponiéndole a Llanquitrú que sus indios trajeran cueros, “[...] y cuánto quieran traer para llevar lo que necesitan”. Los notables comprendían el difícil equilibrio amalgamado por el carisma, el prestigio de Llanquitrú y su capacidad de distribuir. Simultáneamente, sentaban las bases del pacto político y comercial de un cuarto de siglo con él y Saygüequé, consistente en la enajenación del segmento oriental del territorio del linaje y el permiso a los argentinos para incursionar río arriba a cambio de ganado, el control del flujo comercial y el ejercicio de las funciones de policía que se otorgaban a los indígenas.

Las autoridades de Carmen de Patagones entendieron que había caciques importantes. El carácter aventurero de Llanquitrú se encauzó con la apuesta por un orden nuevo, afirmado en las relaciones con el poder colonial que había sentado su bisabuelo. El advenedizo se desdibuja ante la marca del linaje, que oficia de condición

²¹ Benito Villar al comandante militar de Bahía Blanca, 3 de junio 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

²² Benito Villar a Bartolomé Mitre, 8 de mayo de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

de posibilidad para los atributos personales. Las etnologías tradicionales que especularon acerca del papel de los prestigios fueron desatendidas por su inconstancia metodológica y su práctica de opacar las fuentes, pero también porque se dudó del estatuto de los documentos orales, a los que la antropología histórica más actual reconoce su importancia, al mostrar cómo se concatenan hacia atrás y hacia delante las “memorias de los abuelos” (DELRIO, 2005). O mejor aún, advirtiendo el modo en que los mapuche-tehuelches hacían uso de la escritura, y cómo los textos que se producían fuera y dentro de los toldos alimentaban dichas memorias orales.²³

Junto con su primo, el “cacique de igual clase” Saygüequé, eran los herederos de los grandes señores del Limay-Negro, del interior septentrional y Las Manzanas del siglo XVIII. Por ello Llanquitrutz podía jactarse que “Patagones sin él no sería nadie”. En tanto hijos de jefes estaban en mejores condiciones que cualquier otro para aprender a ejercitar el poder y crear condiciones nuevas, por ejemplo, a través de la experiencia del cautiverio juvenil que compartieron con Saygüequé durante la paz de Cheuqueta y Chocorí con el comandante García en los tiempos de la gobernación de Rosas.

La Inscripción con Sangre del Parlamento Y Los Acuerdos

Durante los encuentros en Carmen de Patagones, Llanquitrutz se valió de lenguaraces, sin que pueda asegurarse si se debía al ritual parlamentario o que no hablaba español, lo que estaría desmentido por su cautiverio en Chillán, la presencia y amistades frecuentes en Patagones, y la firma que estampó en el tratado de 1857. Algo más joven, su hermano “Benito Villar” Chingoleo Cheuqueta, además de “cristianarse” y ser apadrinado por el comandante, aprendería rápidamente ese idioma junto con Inacayal el hijo de Huincahual, durante la permanencia como rehenes para garantizar los acuerdos.²⁴ El uso de las categorías “mestizaje” e “hibridación”, ampliamente aceptadas en los estudios americanistas (BOCCARA, 1998; GRUZINSKI, 2000), tiene dificultades cuando se trata de comprender la alteridad en situaciones históricas concretas en que se realzan las diferencias, por ejemplo aquel otoño de 1856, dedicado al estudio recíproco entre mapuches y cristianos que desconfiaban entre sí.²⁵

²³ “La orfebrería, la joyería, la ornamentación, incluso la decoración, no forman una escritura, aunque su potencia de abstracción no es en modo alguno menor. Lo que sucede es que esa potencia está agenciada de otra forma. En lo que concierne a la escritura, los nómadas no tienen ninguna necesidad de crear una, la toman prestada de los vecinos imperiales sedentarios que incluso les proporcionan una transcripción fonética de sus lenguas” (DELEUZE; GUATTARI, 1988, p. 403).

²⁴ Villar a Llanquitrutz, Carmen de Patagones, 15 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

²⁵ El comandante Villar apunta que Llanquitrutz le decía “[...] que su padre el cacique Chauqueta cuando hizo las paces con Patagones no fue en las casas porque esto le inspiraba desconfianza”.

En este contexto, hay que resaltar la ambivalencia de las identificaciones propiamente étnicas, al igual que las filiaciones, alianzas y actitudes de los involucrados, al punto de advertir sobre las limitaciones de la noción de “identidad étnica” que tradicionalmente se utiliza en el discurso antropológico. Ésta deja de funcionar como un dato a priori, y se presenta como un efecto de enunciación de contingencias históricas, políticas y estratégicas, inseparables de las condiciones de inscripción que la vuelven legible y que a su vez vinculan estas contingencias con el pasado. En una perspectiva más radical, la apelación a los intersticios que la colonización crearía entre mundos culturalmente distintos (GRUZINSKI, 2000, p. 48), tampoco resuelve los límites de la noción, en tanto son aquellas condiciones concretas las que habilitan los diferentes posicionamientos y también los enunciados “identitarios” o de “identificación”, incluidos los del historiador o antropólogo que se enfrenta al registro documental, como en este caso.

Veamos entonces cómo leer las palabras de Llanquitrú a través de las cartas numeradas que Villar le reenvió a Mitre. En la primera misiva Llanquitrú comunica sus deseos de conocer a Villar y se justifica por no acudir a su llamado porque “no estaba nunca”, ratificando la interrupción del contacto desde 1852 cuando la caída de Rosas, que se supone por otros documentos. Manifiesta intenciones de paz y le manda un regalo, recomendándole que lo acepte porque “[...] yo tengo una familia entera y acabaré con él”. Debajo de la firma “arruego de J^e M^a Burnes Llanquitrú”, se lee “avago digo tengo fuersaz de 596 ombrez”, después de haber tachado “500”, cifra que debió reconsiderar según se fueron agregando más caciques y soldados indígenas a la comitiva o la cuenta se estabilizaba y hacía más precisa. La carta tiene el objetivo de informarle a Villar que poseía una gran parentela y una cantidad muy significativa de mocetones de pelea.²⁶ En la misiva siguiente del 31 de mayo, Llanquitrú se muestra dispuesto a olvidar, aunque lo hubiesen querido meter preso sin darle mayores motivos. Es aquí donde manifiesta que

[...] cuando estava en mi pueblo todo el mundo travagaba a gusto el finado de mi padre era ombre gerrero y tamvien yo me siento de mi pueblo qi agan tanto olbido de mi sin pasarme ninguna rrasion para contentarme es presiso qe de esta fecha seamos como ermanos y todo se acomodara.

La falta de puntuación no permite precisar la relación que Llanquitrú establece entre la provisión de fuerza de trabajo o mano de obra militar para la aldea

Informe de Benito Villar a Bartolomé Mitre, Carmen de Patagones, 4 de junio 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

²⁶ Mayo [ilegible] 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

hispano-criolla y la caracterización del padre como “hombre guerrero”, ni si este rasgo también lo describía a él. La identificación funcional entre raciones y paces aparece más clara. La crispación cederá una semana después de esta carta, escrita en la mañana neblinosa en que estuvieron a punto de colisionar en campo abierto. El comandante había devuelto al secretario Bravo, necesario para comunicarse con el campamento de los sitiadores, pero mantenía a los dieciocho prisioneros en condiciones más laxas, en tanto el cacique le recomendaba a su “[...] gente que esta presa si piden algo entre sus conosidos si les qieren fiar”. Asedio, cautiverio y comercio se comenzaban a entrelazar.

El 6 de junio Llanquitrutz expresaba que una nota de Villar lo había llenado de “regocijo y gloria”, volvía a “poner su fe” estampando cruces y probaba sus sentimientos con el envío de su frac con charreteras y un caballo de su silla como regalos. Pedía veinte juegos de camisas, calzoncillos, chalecos, chaquetas y “sombros blancos”, aclarando que podían ser de inferior calidad, porque estaban destinados a “[...] dar rrasiones a mis casiqillos y capitanegos para aconsegarlos y que no aigan tradisiones”. Si las referencias al pasado y la “antigüedad” de sus padres fueron permanentes en los corpus de Llanquitrutz y Saygüequé, nunca lo serán tan sintomáticamente como en esta carta, donde se manifiesta la necesidad de distribuir para evitar la traición, a la vez que se asocia esta conducta con la “tradición”, lapsus que se repetirá al menos dos veces en el mismo juego de correspondencia.²⁷ “Deshacer el lazo en la misma medida en que se traiciona el pacto”, dirían Deleuze y Guattari (1988, p. 360), a propósito de la mitología indo-europea para explicar el comportamiento de la “máquinas de guerra” y confirmar su exterioridad en relación al Estado.

Casi entregado al sistema de pacificación y control estatal, Llanquitrutz ofrecía su corazón porque “ya estoy muy rredusido” y ordenaba que no hubiese guerra. En foja aparte, encabezada con la leyenda “Con los demas casiques”, reclamaba que las autoridades le reconociesen el mérito de haber logrado la síntesis de posiciones entre éstos, al expresar que

proposito de todo corazon les ay dado abrasos las manos para aser las pases y no se me acredita se me ase muy doloroso pero a Dios se lo digo todo sin envargo de esto aqi le pongo a los de mas casiques qi estan vajo mi mando.

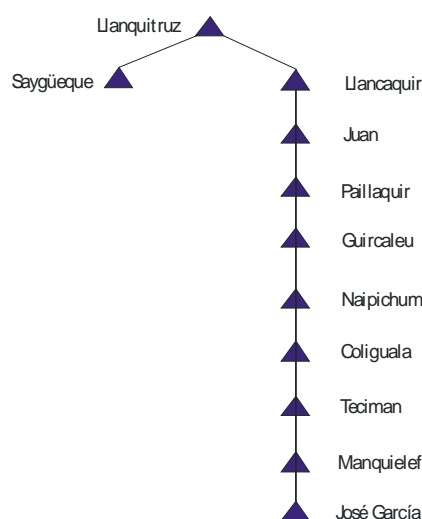
La foja del documento reproducida al final [Fig. 2] ayuda a comprender la organización formal de los que manifestaban estar bajo las órdenes de Llanquitrutz. En el tope figura el cacique “Sayigueqie Chocori”. Además de establecer la continuidad con

²⁷ Carta de Llanquitrutz a Benito Villar, Paso Chocorí, 12 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

el nombre del padre,²⁸ Saygüequé se destaca como el acompañante más importante, aunque a continuación y separado por una raya también figura Llancaquir como otro seguidor “número 1”. Esta aparente contradicción refuerza la posición de Saygüequé y lo distingue del resto como un cacique de “igual clase” que Llanquitrúz, tal como se dice en distintos documentos,²⁹ sugiriendo que había varias alternativas de ser considerado “primero”. La igualdad de categoría podía convivir con la subordinación de Saygüequé, garantizada en un informe escrito donde el comandante notificaba al ministro que Llanquitrúz, “[...] siempre consecuente en sus deseos de paz nos manifiesta la mayor seguridad que hoy tiene de realizarla por la muerte del Antiguo Casique Chocorí, cuya indiada quedará á sus órdenes”.³⁰ El listado se completa con los caciques Juan (2°), Paillaquir (3°), Guircaleu (4°), Naguipichuñ (5°), Coliguala (6°), Teciman (7°), Manquielef (8°) y José García (9°), portador del apellido del comandante de Carmen de Patagones que tanto valoraban desde los tiempos de Rosas.

La estructura de mando de Llanquitrúz se puede graficar del siguiente modo, con dos caciques primeros, Saygüequé y Llancaquir, cuya posición equivalente estaría reforzada por la abreviatura “idem” que acompaña el nombre de Llancaquir, donde Saygüequé aparece como un sustituto directo de Llanquitrúz, cuyo encuadramiento se ve reforzado por la muerte del padre Chocorí, que también explica la falta del detalle de su línea de seguidores:

Figura 1 - Línea de mando de Llanquitrúz (1856)



²⁸ Esta lista de 1856 es la mención documental más antigua que se conoce sobre el joven Saygüequé, quien dejará de firmar con el nombre del padre, muerto el año anterior, en los documentos futuros. A partir de entonces Chocorí será desplazado de la presencia en acto y la identidad plena a la legitimación histórica, cada vez que su hijo Saygüequé se refiera a él en la correspondencia.

²⁹ Comandancia Militar de Patagones, 3 de marzo de 1857 (AGN X, 27. 7. 6).

³⁰ Comandancia Militar de Patagones, 6 de septiembre de 1856 al Señor Ministro de los Departamentos de Guerra y Marina, Coronel Don Bartolomé Mitre (AGN X. 19. 4. 5).

Naguipichuñ (o Naipichum) se mantendrá en una posición prominente en el detalle afín que Saygüequé dirigirá al gobernador de la Patagonia Álvaro Barros veinticuatro años después, cuando se encuentre al frente de la “Gobernación Indígena de las Manzanas” que enfrentó la expansión argentina.³¹ Llancaquir ya estaba muerto en 1880, pero dejaba a Nahuelquir como continuador de otro de los linajes claves. También se repetirán los nombres de Guircaleufo y Tucumañ (Teciman), en el segundo caso no se trataba de la misma persona sino del hijo ya maduro de Saygüequé. “Guircaleufo” aparece en las dos listas pero no se ha logrado precisar su parentesco ni si se trata del mismo individuo, pero en cualquier caso el registro lo muestra como alguien muy cercano a Llanquitrú. Coliguala sería primo de Cheuqueta (CASAMIQUELA, 2004, p. 31) y, en el caso de Manquielef o Manquelao, se trataba de otro hermano de Llanquitrú, cuyo asesinato por parte de los “tehuelches” desencadenará un nuevo malón-parlamento cuyos prolegómenos presencié Cox, y que instaló definitivamente el control de Saygüequé sobre el País de Las Manzanas en 1863.

El documento remata con otra nómina de “conocidos que dan su parecer de toda fe” mediante el dibujo de una cruz. La misma combina como testigos al hacendado y juez de paz de Carmen de Patagones José María Rial, rehén en el campamento de Llanquitrú, con otros referentes indígenas como el “manzanero” Puelman, futuro suegro de Saygüequé, y los jefes “pampa” Chagayo Chico y Cual, además de Cancha, Pancho, Cogo y Ainache, presumiblemente Kalach, quien también será listado por Saygüequé como cacique de la “Gobernación Indígena de las Manzanas” en 1880. En el caso de los últimos se trataba de gente de territorialidad chubutense o más sureña. Se resalta que no se los ubique bajo el mando de Llanquitrú y su primo, sino como testigos del liderazgo más norteño, que agrupaba familias manzaneras y del interior patagónico septentrional, aunque no se deba descartar que la clasificación de las nóminas entre “subordinados” y “testigos” refleje una división de tareas, tal como podría sugerirlo la inclusión de Puelman en la segunda categoría.³²

Seis días después desde Cabeza de Buey, Llanquitrú acusaba recibo de otra nota de Villar. La detente parecía malograrse por la negativa a liberar los dieciocho retenidos en la comandancia. El cacique devolvía “puntas de haciendas” y dejaba a su hermano Chingoleo “en prendas” aunque no había sido el trato. “Burlado y tradicionado” [sic], Llanquitrú amenazaba con marcharse para su pago sin esperar la restitución de su gente. Recordaba que días atrás había reunido y aconsejado a

³¹ Carta a Álvaro Barros, probablemente mayo de 1880 (AGN VII, legajo 723, fs. 501-502).

³² Llanquitrú a Benito Villar, 6 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

[...] todos los casiquez asiendoles ver que toda la gente de Patavones venia firmada pidiendo se agan las pases y no ayga pelea ni tradisiones por que soy cavesa principal de todas las indiadas y aconsegarlos.³³

Le advertía al Comandante que se trataba de la última contestación y, “asentando la verdad”, le reclamaba que “[...] vea que mi escrivano firma por todos los casiquez que estan vago mi mando por que no saven firmar y en donde dan toda su fe de todo corazon”. Como cacique principal, encolumnaba a continuación una segunda lista de jefes subordinados, aunque algunos de ellos son mencionados en la documentación con niveles de autonomía en el saqueo del ganado y la negociación. Se trataba de otros hombres muy relacionados con los inscriptos una semana antes: “1º C. Paillacan, 2º C. Guinca Gual, 3º C. Bisente, 4º C. Bera, 5º C. Patrisio, 6º C. Gurma, 7º C. Santa Cruz Chico, 8º C. Liga”. Esta segunda nómina también incluye un nombre que se repetirá veinticuatro años después en la lista de los que decía mandar Saygüequé, Santa Cruz, además de Paillacan y Huincahual, los padres de Foyel e Inacayal que aparecerán encuadrados en la “Gobernación Indígena de las Manzanas”.

El conglomerado de parientes que suscribió estas alianzas circunstanciales de 1856 mostró fisuras muy pronto, al punto que al año siguiente Llanquitrú informó al intendente de Valdivia que Paillacan quería pasarse al “bando” de Calfucurá, recomendando que si el hijo de aquel llegaba a aparecer por la plaza chilena se lo “remachase con una vara de grillos” (COX, 1863, p. 178). Al cotejar las dos listas elaboradas por Llanquitrú con pocos días de diferencia, la primera reúne el parlamento de los familiares y allegados directos, mientras que la segunda es el resultado de un nivel más amplio de acuerdos o, en todo caso, de reiterados y precarios entendimientos.

Esta inestabilidad de las alianzas o los desgajamientos de “bandos” y “bandas” como los que separarían la línea de Calfucurá de la de Llanquitrú, se explican por el carácter dinámico y contingente de la “máquina de guerra”, por la capacidad de las familias o linajes que la sustentan para recrear o concentrar genealogías conforme a un “espíritu de cuerpo” que siempre se perturba y modifica.³⁴ Porque no advirtieron esto, y

³³ 12 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

³⁴ “Un *cuerpo* no se reduce a un *organismo*, como tampoco el espíritu de cuerpo se reduce al alma de un organismo. El espíritu no es mejor, pero es volátil, mientras que el alma es gravífica, centro de gravedad. ¿Hay que invocar un espíritu militar del cuerpo y del espíritu de cuerpo? Lo fundamental no es lo ‘militar’, sino más bien un origen nómada lejano. Ibn Khaldoun definía la máquina de guerra nómada por: las familias o linajes, *más* el espíritu de cuerpo. La máquina de guerra mantiene con las familias una relación muy diferente de la del Estado. En la máquina de guerra, la familia, en lugar de ser una célula de base, es un vector de banda, por eso una genealogía pasa de una familia a otra, según la capacidad de tal familia, en tal momento, para realizar el máximo de ‘solidaridad agnática’” (DELEUZE; GUATTARI, 1988, p. 372).

por creer que las enemistades se daban a nivel genético, los etnólogos de Patagonia se mostraron perplejos al constatar que las guerras también se libraban *entre* y *contra* parientes. El linaje continuará operando como matriz de legitimación de los cambios, pero ya en la historia maquina de los artífices familiares, Cheuqueta y Chocorí, los padres de Llanquitrutz y Saygüequé, se insinuaba la base de la acumulación política que consagrará la “Gobernación Indígena de las Manzanas”: los dos hermanos fueron identificados como “pampas”, “gününa küne” o “tehuelches septentrionales” que se mapuchizan, al guerrear durante la década de 1820 con los “tehuelches” propiamente sureños. Como se dijo para otro debate y contexto, “[...] en el dominio práctico, la etnia no corresponde ya a un orden previamente acordado” (BASCOPÉ JULIO, 2009, p. 65).

Al comparar los listados escritos por Llanquitrutz y Saygüequé, con veinticuatro años de diferencia, se notan los cambios entre ambas jefaturas, la militarización del parentesco y el desarrollo del espíritu de cuerpo. Llanquitrutz inscribía una autoridad provisional e inestable a través de la tinta de sangre, necesitaba de dos listas menores, obtenidas en dos parlamentos sucesivos, a medida que su representación y mando eran aceptados por el resto de los jefes familiares o los confederados circunstanciales. En cambio Saygüequé no parece requerir de parlamentos para consensuar la lista redactada por su secretario Loncochino, la que incluyó jefes territorialmente muy distantes, muchos de los cuales no estaban presentes cuando se actualizó la alianza a través del documento. Saygüequé elevó una nómina centralizada de veintiocho caciques y veinte capitanejos, probablemente más extensa pues el manuscrito secuestrado por las tropas de Conrado Villegas en abril de 1881 se conserva trunco en el AGN. Las negociaciones colectivas cedían ante los tratados individuales, aunque se incluyese un detalle extenso de allegados y parientes-soldados para racionar. Se agotaba el ritual parlamentario de la correspondencia de Llanquitrutz y sus apretones de manos para hacer las paces, o la inscripción con sangre. Foyel, el hijo de Paillacan a quién recomendaban “remachar con una vara de grillos”, volvería a reconocer a Saygüequé como su “superior gobernador”, después de dos décadas de conflictos familiares.³⁵

En un nuevo contexto de crisis, Saygüequé buscaba reanudar las cláusulas rotas por los argentinos, procurando mantener su rol como mediador disciplinante de las familias patagónicas. Para ello exhibía alianzas de mayor alcance que las redes de Llanquitrutz pero, paradójicamente, se hallaba mucho más debilitado que su primo en

³⁵ Carta al gobernador de la Patagonia “Ciudadano Don Álvaro Barros”, 8 de marzo de 1880, emitida por Juan Ñancuqueo, Antonio Modesto Ynacayal, Foyel Payllacamino y N. Guircaleufo desde “las Tolderías de las Manzanas” (AGN VII, legajo 723, f. 406).

la coyuntura de 1856. La “Gobernación Indígena de las Manzanas” de 1880 y los caciques bajo su mando eran el proyecto inconcluso que prolongaba el boceto preliminar de Llanquitrú, antes que el censo real del poder de Saygüequé. Durante las décadas de 1860 y 1870 el concepto de la “cabeza principal de las indiadas” se había metamorfoseado hasta convertir a Saygüequé en “gobernador”. Ya no se trataba de una cuestión de “bandos” como los que enfrentaban a Calfucurá y Llanquitrú, ni de guapos ni “matones”, como éste calificó a Reuque al recomendar “con rabia” que se le diese “bala y metralla” por no haberle obedecido.³⁶ Como se verá de inmediato, la lógica de la venganza y la “guerra primitiva” de Clastres dejarían de funcionar.

El Impasse de la “Máquina de Guerra”

La paz entre el enclave bonaerense de Carmen de Patagones y el linaje que esgrimía la legitimidad territorial sobre la región se acordó precariamente en 1856, siendo ratificada con un tratado de cláusulas ambiguas pero durables el 24 de mayo de 1857 en Buenos Aires, donde viajaron Llanquitrú y Saygüequé con su comitiva, para firmarlo con el gobernador Valentín Alsina. Fue concebido como un acuerdo entre dos entidades, “el cacique del Sud” y “el Gobierno del Estado de Buenos Aires”, que reconocían sus límites jurisdiccionales respectivos y consentían una noción contradictoria de la autonomía indígena. Llanquitrú confirmaba y extendía la cesión de tierras a favor de la provincia, haciéndose responsable y beneficiario del poder de policía sobre el interior del río Negro.

El artículo primero establecía la libertad de comercio entre dos clases de sujetos, “todas las tribus e Indiadas del Cacique Llanquitrú o amigos de él” por un lado y, “todo habitante de cualquier punto del Estado de Buenos Ayres que quiera ir a comerciar entre dichas tribus e Indiadas”. Por el artículo segundo reconocía que sus antepasados habían cedido al “[...] antiguo Gobierno del Rey de España las tierras que se conocen por de Patagones hasta San Javier”, distante cincuenta kilómetros. Llanquitrú formaría un pueblo con su gente donde se preveía la construcción de una iglesia y una escuela. Designado “comandante en jefe de todo el territorio de la Pampa que es adyacente a la jurisdicción de Patagones”, haría de vanguardia militar y vector de civilización. Si el gobierno decidía fortificar río arriba las islas de Choele-Choel, Llanquitrú le prestaría auxilio remunerado. El cacique debía establecerse y fijar residencia en “[...] el paso de Balchetas, como 55 leguas afuera de Patagones con una fuerza de 80 hombres y además ocho caciques”, todos asalariados y racionados.

³⁶ Llanquitrú a Villar, 16 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

Pese a no concebirlo, el tratado con el Estado de Buenos Aires fue la base jurídica para justificar la imaginación posterior del proyecto autónomo de la gobernación mapuche manzanera, cuya condición soberana no estaba contemplada en las ambigüedades del tratado pero sí se vislumbraba en las concepciones del territorio y la legitimidad del poder que adelantó Llanquitrú. La crisis de 1856 fue la oportunidad para reanudar la política de Rosas en la construcción de la hegemonía del Estado entre los indígenas patagónicos, a través de la fijación territorial paulatina y la asimilación militar antes que civil de las familias mapuche-tehuelches y sus jefaturas. Las prácticas del cautiverio y el malón dejarían de ser social y económicamente relevantes en el nuevo período, en beneficio de las raciones estatales y la ganadería comercial que pasaría a incrementarse con la circulación de individuos y grupos entre los fuertes, estancias y tolderías.

Julián Murga, quien ya había sido comandante militar de Carmen de Patagones entre 1854 y 1855, potenció durante la década de 1860 a los mediadores indígenas que condujeron el proceso de estrechamiento de las relaciones con el Estado y los hacendados. La instalación de Llanquitrú en Balcheta hasta su asesinato en 1858, la radicación más cerca de Carmen de Patagones de Chingoleo y Miguel Linares, acelerarían la verticalidad y la militarización de los “jefes-parientes” que mandaban a buscar sus raciones desde el País de Las Manzanas y el interior patagónico septentrional, hasta lograr el control territorial del conjunto de la cuenca del río Limay-Negro.

Inicialmente concebido como un acuerdo precario para garantizar la devolución de animales y cautivos, el arreglo del “malón-parlamento” de 1856 costó más de veinte mil pesos al tesoro provincial, según las rendiciones de Villar.³⁷ Pero los réditos iban a ser perdurables al producir el quiebre definitivo entre las familias de Calfucurá y Reuque por un lado y las de Llanquitrú y Saygüequé por el otro, potenciando las oportunidades de los hacendados y comerciantes para expandir las redes de negocios. El asesinato del “jefe de las tolderías tehuelches” Llanquitrú daría paso a las formas globales de la identidad que administraría Saygüequé con base “manzanera”. La territorialidad sureña que le atribuía Villar al comienzo de los acontecimientos o, la percepción de la dimensión regional de los conflictos entre jefaturas coincidía con

³⁷ Informe del comandante militar de Patagones, 4 de agosto de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

[...] la opinión de todas las personas de aquí que conocen perfectamente á Yanquetruz es de que no negociará con Bahía Blanca porque, allí, no conoce á nadie, siendo asimismo lo que han pretextado los Indios del Mayor Iturra para no ir al Campo de Yanquetruz.

Como hay tan fundadas esperanzas de que las negociaciones las entable Yanquetruz con Patagones por ser sus campos, dígnese V.E. señalarme en este Caso la conducta que debería observar y hasta donde podría llevar las exigencias que es por donde empiesan las negociaciones con los Indios.³⁸

Villar hacía notar que Llanquitrú no negociaría más al norte por no tener conocidos en Bahía Blanca, precaución justificada si se recuerda que dos años después lo matarán exactamente allí. El mayor Iturra era el principal mediador bonaerense con Calfucurá, cuyos indios tampoco querían tener arreglos en Carmen de Patagones porque era el territorio Llanquitrú. A la luz de estos documentos, los fuertes argentinos no superaban la condición de enclaves y las regiones en que se insertaban continuaban siendo percibidas como el “campo” de uno u otro cacique, de uno u otro linaje, capaces de imponerle al Estado su estructura relacional de segmentos.

En la sociedad mapuche-tehuelche las “máquinas de guerra” se configuran como rizomas, donde cualquier línea puede conectarse con otra en un campo de plena multiplicación y fragmentación, como se vio con la escisión de Llanquitrú del bando de Calfucurá y Paillacan, donde la negociación con cada *lonko* o *gamákia*³⁹ no garantizaba la negociación con la totalidad: “En un rizoma no hay puntos o posiciones, como ocurre en una estructura, un árbol, una raíz. En un rizoma sólo hay líneas” (DELEUZE; GUATTARI, 1988, p. 14). Abusando de estos autores, para quienes “[...] el Estado no se define por la existencia de jefes, se define por la perpetuación o la conservación de órganos de poder” (DELEUZE; GUATTARI, 1988: 364-365), la “máquina de guerra” mapuche-tehuelche tenía otro origen, era irreducible al aparato de Estado, era exterior a su soberanía y previa a su derecho. Aquí se localiza una diferencia palpable entre la “máquina” de Llanquitrú y la “jefatura de nuevo tipo” de Saygüequé, quien consumará veinticinco años de proyecto detrás del tratado de 1857 que aquel había firmado, precisamente con el Estado. Una política no errática en el filo de lo estatal, sin fluctuaciones ni necesidad de convertirse en *langemtufe* o “matador guapo”. Al recordar el asesinato de Llanquitrú en Bahía Blanca a manos de los cristianos, el propio Saygüequé aclaró los cambios, pues él y su otro primo Chingoleo se habían abstenido de vengarlo, aunque todo “[...] queda en la nada pues esto es duro para sus

³⁸ Benito Villar a Bartolomé Mitre, 8 de mayo de 1856 (AGN X, 19. 4. 5).

³⁹ *Lonko* significa “cabeza” en idioma mapuche y *Gamákia* significa “mi cacique” en *gününa yájtich*, la lengua de las familias del interior patagónico septentrional (HARRINGTON, [s.d.] Cuaderno I: 107).

hermanos hijos y parientes”.⁴⁰ Estas novedades se producían frente a una sociedad criolla que también reaccionaba vengativa, como se desprende de los relatos que justificaron el asesinato de Llanquitrú por la matanza previa de los soldados del cantón de San Antonio de Iraola.

La “máquina de guerra” funcionaba dificultosamente como disuasiva de la dominación en el norte patagónico hacia 1870. ¿Cómo caracterizar a estos indígenas que al decir de Diego Escolar “deseaban el Estado”?⁴¹ ¿Cómo deslindar entre las “jefaturas indígenas” y la “sociedad estatal”? ¿Qué significó el Estado para Saygüequé? Mediador entre dos mundos, multiplicó sentidos y comportamientos ambivalentes, personalizó el poder haciéndose llamar “Superior Gobierno”, combinó legitimidades diversas cada vez que enunciaba las enseñanzas del padre como si fuesen los artículos de una carta constitucional.⁴² La formalización del poder y el rango, la verticalidad del parentesco y el quiebre de las reciprocidades, agotaron el fulgor de la “máquina” en su momento de mayor esplendor, en el pasaje de los hombres guerreros a los hombres pacíficos, introduciéndolos en el callejón sin salida de la sujeción. Paradójicamente, ello sucedió cuando las huestes de Julio Argentino Roca se contagiaban de la “máquina de guerra” en su modalidad de contra-malón.

Se vislumbra así un proceso de “contagio estatal” experimentado por la autoridad indígena de Saygüequé, frente a otro inverso de “contagio segmental” del aparato de Estado. La insistencia en la exterioridad radical entre las máquinas indias y estatales, que posibilitó esta lectura del paralelismo entre la “estatización-debilitamiento” del poder mapuche-tehuelche y la “nomadización-reforzamiento” del poder estatal, encierra el riesgo de reponer el esquematismo binario entre uno y otro polo, puesto en duda por las mismas tesis de Deleuze y Guattari que sostienen que el Estado está en relación con ese “afuera”, con esa exterioridad y los desafíos que le plantean las “máquinas de guerra”.⁴³ Para atenuarlo, otro capítulo de *Mil Mesetas*, “1933 Micropolítica y segmentaridad”, postula una forma de continuidad e imbricación entre las formas estatales y nomádicas donde el Estado se reconoce como el punto de resonancia de la centralización que enfrentan las “máquinas de guerra”. Según aquellos, el Estado no se constituye aboliendo segmentos, sino organizándolos y subordinándolos concéntricamente. Es el caso de las huestes roquistas que se

⁴⁰ Valentín Saygüequé al comandante Julián Murga, Río Limay, 30 de abril de 1863 (ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, doc. N° 4509).

⁴¹ Diego Escolar, comunicación personal.

⁴² AGN VII, legajo 723, f. 384

⁴³ “[...] nos parece difícil sostener que las sociedades de Estado, o incluso nuestros Estados modernos, sean menos segmentarios. La oposición clásica entre lo segmentario y lo centralizado no parece muy pertinente. El Estado no sólo se ejerce en los segmentos que mantiene o deja subsistir, sino que posee en sí mismo su propia segmentaridad y la impone” (DELEUZE y GUATTARI, 1988: 215).

contagiaban de la “máquina”, pero a la vez se rectificaban y homogenizaban conforme se fortalecía el aparato de Estado hacia 1880. Fue en el contexto de centralización política del siglo XIX en Patagonia cuando emergieron las jefaturas mapuche-tehuelches, y sus líneas de fuga efímeras en relación al poder, de cuya historia me he ocupado con este trabajo.

Referências

ARCHIVO DEL GENERAL MITRE. *Cartas confidenciales*. Tomo XV. Buenos Aires: Biblioteca de La Nación, 1912.

BASCOPE JULIO, Joaquín. *La invasión de la tradición: lo mapuche en tiempos culturales*. Santiago de Chile: ICAPI & CoLibris, 2009.

BECHIS, Martha. *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

BELLO MALDONADO, Andrés A. Territorios y rutas mapuches en el siglo XIX: el paso cordillerano de Mamuil Malal en Villarrica: entre la historia mapuche y la historia winka. CONGRESO ARGENTINO - CHILENO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS E INTEGRACIÓN CULTURAL, 4., 2001, Valparaíso. *Anales...* Valparaíso, 2001.

BOCCARA, Guillaume. *Guerre et ethnogenèse Mapuche dans le Chili colonial: L'invention du soi*. Paris: L'Harmattan, 1998.

BOSCHÍN, María T.; DEL CASTILLO BERNAL, María F. El Yamnago: del registro histórico al registro arqueológico. *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, v. 35, p. 99-116, 2005.

BRAGONI, Beatriz; MÍGUEZ, Eduardo (Coords.). *Un nuevo orden político: provincias y Estado nacional, 1852-1880*. Buenos Aires: Biblios, 2010.

CAMPAGNO, Marcelo. *De los jefes-parientes a los reyes-dioses: surgimiento y consolidación del estado en el antiguo Egipto*. Barcelona: Aula Ægyptiaca Studia, 2002.

CAPDEVILLA, Luc; COMBÈS, Isabelle; RICHARD, Nicolás. Los indígenas en la Guerra del Chaco: historia de una ausencia y antropología de un olvido. In: RICHARD, Nicolás (Comp.). *Mala guerra: los indígenas en la guerra del Chaco (1932-1935)*. Asunción: Museo del Barro, 2008. p. 9-65.

CARNEIRO, Robert. The chiefdom: precursor of the state. In: JONES, Grant; KAUTZ, Robert (Ed.). *The transition to Statehood in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981. p. 37-79.

CASAMIQUELA, Rodolfo. *El linaje de los Yanquetruz: confirmación genealógica de la presencia –en época histórica– del sustrato pantehuelche en el área pampeana*. Trelew: Fundación Ameghino, 2004.

CLARAZ, Jorge. *Diario de viaje de exploración al Chubut*. Buenos Aires: Marymar, 1988.

CLASTRES, Pierre. *Investigaciones en antropología política*. Barcelona: Gedisa, 1981.

COX, Guillermo. *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1863.

D'ORBIGNY, Alcide. *Viaje por la América Meridional*. Buenos Aires: Emecé, 1999.

DE JONG, Ingrid; RATTO, Silvia. Redes políticas en el área arauco-pampeana: la confederación indígena de Calfucurá (1830-1870). *Intersecciones en Antropología*, Olavarría, v. 9, p. 241-260, 2008.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 1988.

DELRIO, Walter. *Memorias de expropiación: sometimiento e incorporación indígena en la patagonia: 1872-1943*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

DURÁN, Juan G. *Namuncurá y Zeballos: el archivo del cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*. Buenos Aires: Bouquet Editores, 2006.

EARLE, Timothy (Ed.). *Chieftoms: power, economy and ideology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

ESCALADA, Federico. *El complejo Tehuelche: estudios de etnografía Patagónica*. Buenos Aires: Coni, 1949.

GRUZINSKI, Serge. *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Paidós, 2000.

GUEVARA, Tomás. *Folklore araucano*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1911.

HARRINGTON, Tomás. Contribución al estudio del indio Gününa Küne. *Revista del Museo de La Plata*, La Plata, n. 2, p. 237-275, 1946.

HARRINGTON, Tomás. **Puerto Madryn**: fondo documental programa pilcaniyeu, CENPAT-CONICET. Cuaderno I. Manuscrito (s/d)

HUX, Meinrado. *Caciques huiliches y salineros*. Buenos Aires: Marymar, 1991.

LEVAGGI, Abelardo. *Paz en la frontera: historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI-XIX)*. Buenos Aires: Universidad del Museo Social Argentino, 2000.

LÉVI-STRAUSS, Claude. The social and psychological aspects of chieftainship in a primitive tribe: the Nambikuara of northwestern Mato Grosso. In: COHEN, Ronald; MIDDLETON, John (Ed.). *Comparative political systems: studies in the politics of pre-industrial societies*. Garden City: The Natural History Press, 1967. p. 45-62.

MANDRINI, Raúl; ORTELLI, Sara. *Vivir entre dos mundos: las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Aguilar, 2006.

MENARD, André. La lección de escritura de E. R. Smith: archivo y representación en la Araucanía del siglo XIX. In: CROSS, Amalia. *Archivo: prospectos de arte*. Santiago de Chile: Centro de Documentación de las Artes, 2010, p. 61-72.

PAESA, Pascual. *El cauce del Colorado*. Buenos Aires: Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 1971.

PAVEZ OJEDA, Jorge (Comp.). *Cartas mapuche: siglo XIX*. Santiago de Chile: CoLibris & Ocho Libros, 2008.

PAVEZ OJEDA, Jorge. Cartas y parlamentos: apuntes sobre historia y política de los textos mapuches. *Cuadernos de Historia*, Santiago de Chile, v. 25, p. 7-44, 2006.

RICHARD, Nicolás. La desgracia del mediador salvaje: en torno a tres biografías indígenas de la guerra del Chaco. CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA, 7., 2010, San Pedro de Atacama. *Anales...* San Pedro de Atacama, 2010.

SAHLINS, Marshall. *Islas de historia: la muerte del capitán Cook: metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1988.

SÁNCHEZ CESCHI, Eduardo. *Crónica histórica de Carmen de Patagones entre los años 1852-1855*. Buenos Aires: TOR, 1938.

SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 1991.

TAMAGNINI, Marcela; PÉREZ ZAVALA, Graciana. El debilitamiento de los ranqueles: el tratado de paz de 1872 y los conflictos intraétnicos. In: NACUZZI, Lidia R. (Comp.). *Funcionarios, diplomáticos, guerreros: miradas hacia el otro en la fronteras de pampa y patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002. p. 119-157.

VEZUB, Julio E. *Valentín Saygüequé y la gobernación indígena de las manzanas. poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009.

VIGNATI, Milcíades A. Un capítulo de etno-historia norpatagónica: José María Bulnes Llanquetrú. *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, v. 13, p. 89-123, 1972.

VILLAR, Daniel; JIMÉNEZ, Juan F. Botín, materialización ideológica y guerra en las pampas durante la segunda mitad del siglo XVIII: el caso de Llanquetrú. *Revista de Indias*, Madrid, v. 60, n. 220, p. 687-707, 2000.

VILLAR, Daniel; JIMÉNEZ, Juan F. La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio: elementos para una periodización (Araucanía y las Pampas, 1780-840). In: MANDRINI, Raúl; PAZ, Carlos D. (Comp.). *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX: un estudio comparativo*. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue, 2003. p. 123-171.

Figura 2 - Fragmento de la carta de Llanquitrutz al comandante Benito Villar, 6 de junio de 1856 (AGN X, 19. 4. 5)

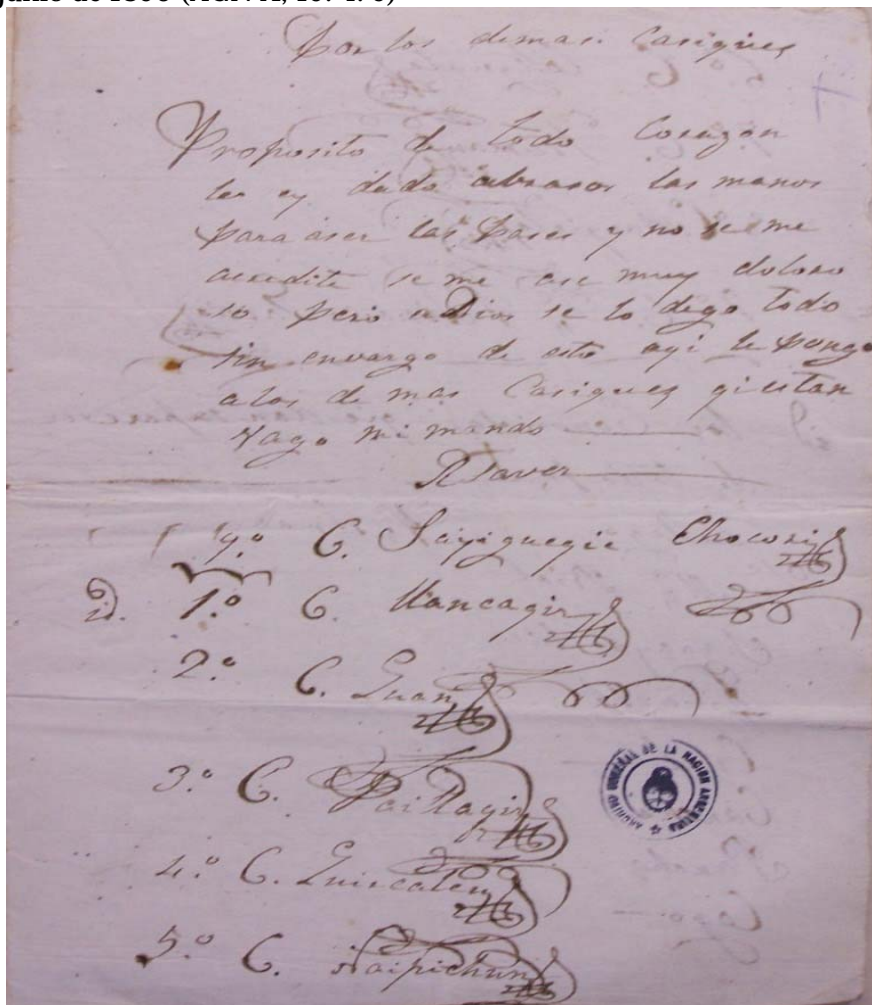
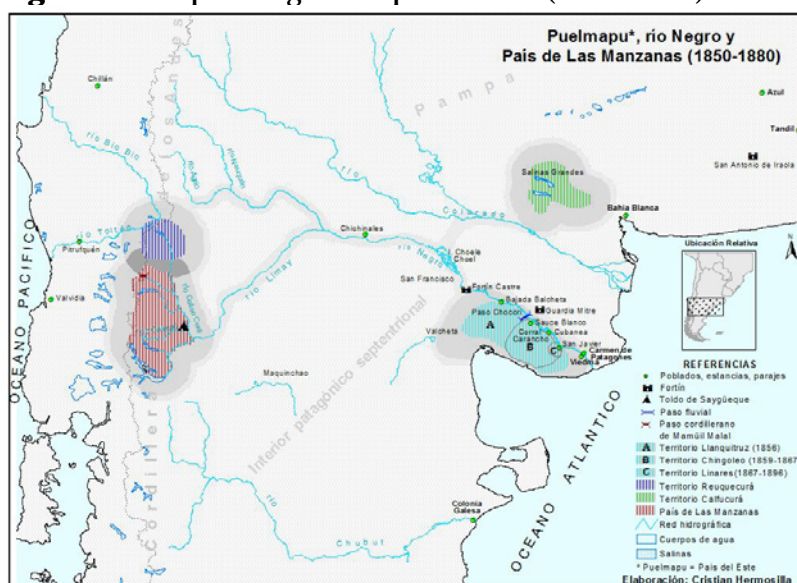


Figura 3 - Mapa Patagonia septentrional (1850-1880)



Colaboración recibida en 12/03/2011 y aprobado en 11/10/2011.